

El “zorro” contra el “erizo”
Una consideración histórica de la disputa de
Berlin contra Carr

H. PAUL SIMON, LL. B., M. A., PH. D.
Massey College, University of Toronto, Canadá

A la memoria de
Salvador de Madariaga

El debate entre dos grandes investigadores, Sir Isaiah Berlin de Oxford y Edward Hallett Carr del Trinity College de Cambridge, tuvo como foco central tres temas que Berlin califica como “los más profundos y acuciantes de la historia del pensamiento”: la noción de determinismo causal en la historia, el papel del individuo en oposición a una fuerza impersonal y la cuestión de la validez de juicios morales por parte del historiador. Precisemos de antemano que Berlin argumenta en contra de aquellas nociones de determinismo que implican que la libertad particular de elección es una ilusión y que, por lo tanto, “nociones como responsabilidad o culpa, justicia o injusticia están necesariamente vacías de contenido”¹. Carr, por el contrario, considera el estudio de la historia como un “estudio de las causas”, tiende a exaltar el papel de grupos humanos y fuerzas mayores en la historia, y argumenta enérgicamente en contra de “la noción del historiador como verdugo”².

Antes de entrar en el análisis de la discusión, sería conveniente ocuparnos de los contrayentes, investigar su pasado, las influencias que los forjaron, sus presupuestos, juicios de valor y concepciones sobre la historia; en una palabra, hacer precisamente lo que Carr aconsejó hacer en sus lecciones de Trevelyan impartidas en la Universidad de Cambridge en 1961:

¹ Berlin, Sir Isaiah: *Historical Inevitability*, (Londres, Oxford University Press, 1954), pág. 20. Las siguientes referencias a esta obra aparecen reseñadas en el texto bajo la abreviatura HI, seguida del número (s) de página.

² Carr, Edward Hallett: *What is History?* (Londres, Pelican Books, 1964), págs. 87 y 78. Citada en el texto bajo la abreviatura WH.

Examinen Vds. al historiador antes de empezar a examinar los hechos... Y esto fue precisamente lo que ya hizo el inteligente estudiante. Al serle recomendada la lectura de una obra del gran investigador Jones de St. Jude, el estudiante se dirigió a un amigo de St. Jude para indagar qué clase de persona era Jones y cuáles eran sus manías. Cuando lean una obra de historia, no pierdan de vista nunca estas manías o ideas fijas.

Así pues, ¿qué clase de personas son de Berlin y Carr? Diecisiete años median entre el nacimiento de Carr (1892) y el de Berlin (1909); ambos son educados en las famosas y grandes “escuelas públicas” del siglo XIX: Carr en la de Merchant Taylor y Berlin en la de St. Paul. No obstante, seamos suficientemente precavidos y evitemos el ver en las escuelas un supuesto casual, teniendo en cuenta que tanto Stalin como Goebbels fueron educados respectivamente en un seminario y en un instituto católico. Los verdaderos nexos los encontramos en el campo académico: en lo que se refiere a Berlin, el profesor Chichele de Teoría Social y Política en Oxford; en cuanto a Carr, un miembro de Trinity College y docente de Historia en la Universidad de Cambridge. Ambas figuras pertenecieron largo tiempo al servicio diplomático. La clave, sin embargo, hay que buscarlas sobre todo en sus trabajos: Berlin escribió sobre Tolstoi, Marx e *Historical Inevitability*; Carr, sobre Dostojewski, Marx y sobre el tema *What is History?*

“El zorro conoce muchas cosas, pero el erizo conoce una sola gran cosa”. Con esta cita de Archilocus al comienzo de su artículo *The Hedgehog and The Fox: An Essay on Tolstoy's View of History*, Isaiah Berlin compara a los erizos humanos de este mundo —aquellos “que todo lo refieren a un único aspecto central, a un principio ordenador único y universal”— con los zorros humanos”, aquellos que persiguen muchas metas, frecuentemente sin relación entre sí e incluso contradictorias”, cuyo “pensamiento es disperso o difuso... puesto que pretenden comprender la naturaleza de una gran variedad de experiencias y objetos diversos por cuanto son en sí mismos, sin... intentar encajarlos en... alguna visión invariable, universal, a veces contradictoria en sí e incompleta, en una visión a veces fanática, unitaria, profunda”.

Habiendo, pues, construido diferentes corrales, Berlin encierra en ellos a algunas personalidades intelectuales y artísticas: Herodoto en el de los zorros, Hegel y Dostojewski en el de los erizos. En esta clasificación el caso de Tolstoi representa un problema: ¿es Tolstoi un zorro o un erizo? Astuto como un zorro, Isaiah Berlin se comporta como un erizo al definir provisionalmente a Tolstoi como alguien que “siendo por naturaleza un zorro, se cree un erizo”, como alguien, por consiguiente, cuyos “ideales le llevaron a una falsa interpretación sistemática de aquello que él y otros estaban realizando o habían de realizar”. En ninguna parte, afirma Berlin,

aparece tan clara la dicotomía entre aquello que Tolstoi era y aquello en lo que creía, "como en su visión de la historia..." (HF: 2,4).

Subrayemos los presupuestos y juicios de valor en que se apoya el esquema de los corrales de Berlin: ser un zorro como Herodoto, Aristóteles, Montaigne, Erasmo, Molière, Goethe, Puschkin, Balzac, Shakespeare y Joyce significa llevar una vida más rica, más variada y abierta. Son los erizos como Dante, Platón, Hegel, Nietzsche, Dostojevski y Marx quienes viven una existencia invariable, incompleta o fanática. (La implicación es importante, ya que la propia visión de la historia de Berlin será comparada más tarde con la E.H. Carr, tomando por base su punto de vista sobre personas tales como Dostojevski y Marx).

La visión de la historia de Tolstoi, escribe Berlin, tiene sus raíces en su juventud, en un "deseo de penetrar en las causas primeras, de comprender cómo y por qué suceden cosas de una forma y no de otra", y no "en un interés por el pasado como tal". Tolstoi se enfrenta con la historia al buscar una respuesta a la pregunta de su tiempo (¿qué hay que hacer? ¿cómo hay que vivir?, ¿por qué estamos aquí?), descubriendo pronto, que "la historia, tal como los historiadores la escriben, pretende algo que no puede cumplir, puesto que, como la filosofía metafísica, pretende ser algo que no es, esto es, una ciencia capaz de llegar a conclusiones ciertas". (HF: 10-12)

A los ojos de Tolstoi, fracasaron aquellos historiadores cuya exposición sólo fue "una simple colección de cuentos y bagatelas sin valor... ¿A quién le interesa saber que el 21 de agosto de 1562 Iwan y la hija de Temryuk's contrajeron segundas nupcias, y que fue en el año 1572 cuando contrajo matrimonio por cuarta vez con Anna Alekseyevna Koltovskaya?. Pero aún, hubo incluso historiadores que forzaron fechas en un "módulo standard" inventado por ellos mismos. Todo esto condujo a Tolstoi a sus conclusiones fundamentales sobre la historia: "si la historia fuera ciencia, sería posible descubrir y formular algunas leyes históricas verdaderas, las cuales, unidas a los datos de observación empírica, permitirían realizar predicciones para el futuro (y retrospectivamente afirmaciones sobre el pasado) a la manera de la geología y la astronomía por ejemplo". Tolstoi apoyó esta hipótesis en dos puntos: uno empírico y otro filosófico. Respecto al primero subrayó que este concepto de la historia no había sido logrado realmente hasta entonces; respecto a lo segundo afirmó que, "al permitir que la vida humana sea regida por la razón, destruimos la posibilidad de la vida", teniendo en cuenta —añade Berlin— que lo que Tolstoi entiende por "vida" es una "actividad espontánea que implica conciencia de una voluntad libre". (HF: 13-14).

La visión madura de Tolstoi acerca de la historia rechaza posteriormente la idea de historia como "ciencia", como una teoría irrealizable e indeseable. Escribir "la verdadera historia de los pueblos", nos dice Berlin, fue el objetivo de Tolstoi en "Guerra y paz", donde se muestra una y otra vez que lo que "realmente" aconteció no tenía ninguna relación causal con los

actos de los grandes personajes ficticios que aparecen en la escena. Berlin se expresa del siguiente modo: la “gran ilusión a la que Tolstoi se entrega es suponer que los individuos puedan comprender y controlar el curso de las cosas usando de sus propias fuerzas”. (HF: 19).

Tolstoi, afirma Berlin, “dudaba de forma sardónica, casi cínica, de la posibilidad de mejorar la sociedad por vía de la razón humana, en virtud de la proclamación de buenas leyes o la propagación de conocimientos científicos”. Pero si esto hace de Tolstoi un antivolteriano, su forma de entender la vida sigue teniendo un marco. Este consiste en un sentido de la realidad basado en saber “qué va con qué, y qué es lo que puede existir junto a qué”; una sabiduría práctica que es, dice Berlin, “en gran medida, el conocimiento de lo inevitable: un conocimiento de aquello que, dentro de un orden del mundo, no puede ocurrir pero ocurre. Y a la inversa: un conocimiento de cómo hay cosas que no pueden ser, o no pueden haber sido hechas; aún más, conocer por qué existen ciertos sistemas abocados irremisiblemente al fracaso, sin que se pueda hallar sin embargo una razón poderosa o científica que lo explique”. (HF: 62-64)

Pero si la historia no es una ciencia capaz de descubrir causas y si los individuos no pueden controlar los hechos, entonces “¿qué clase de poder rige los destinos de los pueblos?”. En su búsqueda de la “verdad”, Tolstoi llega así a su tesis central. Berlin la formula de la siguiente manera: “que existe una ley natural según la cual, tanto la vida de los seres humanos como la vida natural está determinada; pero los hombres, incapaces de afrontar este proceso inexorable, intentan representarla como una sucesión de elecciones libres... (HF: 27). Y “elecciones libres” que impliquen libertad volitiva, son ilusiones.

De esta forma surge en Tolstoi el dilema angustioso entre su idea de factores “reales” en la historia, de la vida humana como “actividad espontánea que encierra una conciencia de libre albedrío” y su concepción del ser humano carente de libertad, cuya vida está determinada por una “ley natural”. Aquí tenemos pues a un “zorro” que se cree ser un “erizo”.

¿Qué ocurre con Dostojevski, a quien Berlin lo agrupa entre los erizo? En su primer libro *Dostojewsky (1821-1881): A new Biography* —nueva respecto al nuevo material que fue autorizado en los años veinte— Carr ve en Dostojevsky una figura paralela a Shakespeare. Como él, describe caracteres muy profundos y muy incoherentes al mismo tiempo, caracteres que viven o sueñan en una zona tenebrosa de “fuerzas oscuras que no se pueden ni controlar ni entender”. Y a pesar de todo, nos dice Carr, “la doctrina de la libertad humana y de la responsabilidad... es el problema más arduo de su filosofía”⁴. El Dostojewsky de Carr parece ser pues tan

³ Berlin: *The Hedgehog and the Fox: An Essay on Tolstoy's View of History*, (Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1953. Ed. original en los Oxford Slavonic Papers, 1951, vol.21), págs. 1-2. En el texto bajo la abreviatura HF.

⁴ Carr, *Dostoevsky (1821-1881): A New Biography*. (Londres, Allen & Unwin, 1931), págs. 319-320.

"zorro" como el Tolstoi de Berlin, con la gran diferencia de que Tolstoi era un zorro que creía ser un erizo, mientras que Dostojevski era un erizo que creía ser un zorro.

Tanto Carr como Berlin abordan precisamente en sus respectivos trabajos sobre Dostojevski y Tolstoi, una de las cuestiones fundamentales de la historia: en qué medida posee el ser humano la libertad de elección o está supeditado a una ley o a un poder natural fuera de su control. La diferencia está en que Berlin emite su valoración —él está del lado de los zorros—, mientras que las ideas de Carr aparecen con más claridad en su temprana biografía de Marx, de la que también se ocupó Berlin.

¿Cómo tratan ambos investigadores al mismo "erizo"? Notorio es el interés de Carr por Marx: aunque no posee ninguna base marxista o rusa, los cuatro años (1925-1929) que pasó en Riga como segundo secretario de la Embajada Británica fueron posiblemente la causa de la fascinación que experimentó a lo largo de su vida por el marxismo, comunismo, personajes revolucionarios y la historia de Rusia antes y después de 1917. Al regresar a Londres aceptó el puesto de consejero asistente para asuntos de la Sociedad de Naciones en el Ministerio de Asuntos Exteriores y publicó en breve espacio de tiempo su biografía sobre Dostojevski (1931) y trabajos en torno a *Romantic Exiles* (1933). Un año después de convertirse en primer secretario, Carr sacó a la luz en 1934 su *Karl Marx: A Study in Fanaticism*, obra escrita en un momento en el cual el socialismo y el comunismo sufrían grandes reverses en Centroeuropa, la Unión Soviética aún no era considerada como gran potencia y por todas partes en Europa se imponían las dictaduras.

Carr considera a Marx como fanático "porque fue el primer pensador importante en tres siglos que ni siquiera de palabra rindió culto al ídolo de la libertad particular" pues "lo esencial al fanatismo es el privar a los demás del derecho a pensar de forma diferente". Para Carr Marx es el "profeta del... proletariado que... domina la era presente", el "protagonista y el precursor de toda la revolución del pensamiento del siglo XX", en la cual "el individuo juega un papel secundario", en la cual no es el hombre, sino el hombre-masa, no el individuo, sino la clase, no el hombre como animal político, sino el hombre como animal social el que va a constituir una unidad". Carr ve la "base" de las dictaduras "populares" de 1933-1934 en la concepción marxista del dominio de las masas, sustituyendo la uniformidad de lo que desean las masas por la diversidad del capricho individual", sin descubrir diferencia esencial alguna entre una "dictadura del proletariado" y "aquella que prefiere navegar bajo otras banderas". Sin embargo, en esta época de relativismo moral y fe en el "ocaso de Occidente", Carr confiesa su propio parecer: "aún y cuando el futuro próximo aporte un incremento e intensificación del dominio de las masas, a la larga reaparecerá la tendencia más indestructible del hombre a individualizarse a sí mismo.

Y, a menos que todas las analogías fueran falsas, una nueva diferenciación de la masa conducirá al renacimiento de un nuevo humanismo”⁵.

Al definir, pues, a Marx como fanático (erizo), y bosquejar las fuerzas y grupos que amenazan al individuo y su libertad, Carr está depositando su confianza en la propia autoafirmación del individuo.

Berlin elogió el trabajo de Carr en su propio libro *Karl Marx: His Life and Environment* (1939) como “un libro lleno de vida e interesante, basado en una investigación detallada e independiente, que realmente supera todas las fuentes anteriores”. Advierte sin embargo, que no profesa simpatía alguna ni por el tema ni por su doctrina”⁶. La intención del estudio de Berlin no es presentar una biografía narrativa, sino mucho más explicar teorías e ideas de Marx, especialmente “su idea de la relación entre la alienación y la libertad del hombre”⁷, intención de todo punto propia de un profesor de teoría social y política. Marx aparece en dicha obra como alguien “convencido de que la historia humana está gobernada por leyes que no pueden ser alteradas por la mera intervención de individuos influidos por este o aquel ideal”. Según Marx —opina Berlin— “la historia de la sociedad es la historia del hombre que intenta lograr con su trabajo creador el dominio sobre sí mismo y el mundo exterior”. Esto significa, que la historia es la lucha entre clases opuestas, que el progreso consiste en la victoria de una clase sobre otra, y que “sólo es racional aquel hombre que se identifica a sí mismo con la clase progresista de la sociedad” —para Marx, el proletariado—. (BKM: 5-8)

También Berlin considera a Marx como un fanático, sin afirmar con ello que su fe en la razón fuera ciega: “apeló igualmente a la evidencia empírica. Las leyes de la historia eran en efecto eternas e inmutables —hecho cuya comprensión requería una intuición quasi-metafísica—, pero establecer en qué consistían, sólo era posible en virtud de la fuerza probatoria de datos empíricos” (BKM: 20). La obra de Marx “transformó completamente el carácter de los partidos políticos y de la lucha política. Su efecto fue, y continúa siendo, revolucionario. Su objetivo fue refutar la afirmación de que las ideas determinan de una forma decisiva el curso de la historia, pero el alcance de su propia influencia en el hacer humano ha debilitado la fuerza de su tesis...” (BKM: 284).

Así pues, para Berlin, Marx es un pensador racionalista del siglo XIX, un individuo cuyas ideas tuvieron, sin comparación posible, “una influencia directa, consciente y poderosa en la humanidad ...” (BKM: 1). Esta interpretación de Marx es una visión que no exige ningún acto de fe especial

⁵ Carr: *Karl Marx: A Study in Fanaticism*. (Londres, J.M. Dent, 1938. Primera edición, 1934), págs. 301-303. En el texto bajo la abreviatura CKM.

⁶ Berlin: *Karl Marx: His Life and Environment*, 3ª ed. (Londres, Oxford University Press, 1963), pág. 286. En el texto bajo la abreviatura BKM.

⁷ Ibid. “Nota a la 3ª ed.”

en el papel del individuo, tal como hizo Carr, quien no perdió de vista los amenazadores movimientos de masas de su tiempo. Berlin, que desde su nombramiento como docente —a la edad de 23 años— en el New College de Oxford era antes que nada filósofo, interpreta a Marx y su influjo, desde el punto de vista filosófico.

A los dos años de su trabajo sobre Marx, Carr abandona su puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores y acepta el nombramiento de Woodrow Wilson Professor de política internacional en el University College de Wales, Aberystwyth. En este ambiente lleno de sosiego, da expresión a sus ideas sobre los fundamentos de la historia universal en *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939*, un estudio sobre las relaciones internacionales, que expone de modo convincente los puntos débiles del pensamiento político occidental contemporáneo. Fue escrito en un clima, bastante difundido en aquella época, de reacción contra la supuesta utopía de la Paz de Versalles de Wilson y la Liga de Naciones, utopía que fracasó definitivamente en 1930. El método de análisis de Carr es la confrontación de utopía y realismo, y la subordinación de los principios racionales a priori del siglo XIX a un “criticismo realista” que “pone su acento en la admisión de hechos y en el análisis de sus causas y consecuencias”⁸.

Como Carr afirma en el prefacio de la primera edición (en pruebas al estallar la Segunda Guerra Mundial), su propósito fue “analizar las causas profundas de la crisis contemporánea internacional”, causas que no atribuía a la “perversidad humana” (como Toynbee hubiera hecho) sino a la bancarrota del liberalismo utópico del siglo XIX, lo que se ocupa de demostrar usando el realismo como arma para derrotar lo que él consideró como mito utópico. Aquí tendríamos pues, a un historiador que al fin cree poder analizar causas, no en términos de fuerzas individuales, sino de grandes fuerzas impersonales (liberalismo del siglo XIX).

¿Cuál de las conclusiones “realistas” de Carr tiene importancia para nuestra discusión? Ante todo, el que “todo pensamiento tiene que encontrar un equilibrio entre utopía y realidad, libre voluntad y determinismo”. (TYC: 11)

Segundo, que el mismo pensamiento está subconscientemente condicionado y “no depende sólo de las circunstancias e intereses del que piensa: también es pragmático, en el sentido de estar abocado a la consecución de un fin”. Es digno de remarcar el hecho de que Carr no sea un “realista absoluto”, lo que sin duda le llevaría a un determinismo, “a la mecanización de la voluntad y aspiración humana”, cosa que rechaza como “inadmisibles e intolerables”, sobre todo porque esto implicaría la imposibilidad de “cambiar la realidad”, constituyendo una “nueva utopía”. (TYC: 71, 13, 11, 93)

⁸ Carr: *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939*, 2ª ed. (Nueva York, Harper & Row, 1964. Harper Torchbooks. 1ª ed. 1939 en Macmillan, Londres), pág. 10. En el texto bajo la abreviatura TYC.

La búsqueda de Carr de una nueva utopía se refleja en su *Conditions of Peace*, en prensa en la época de Pearl Harbor. Según Morgenthau, la obra refleja el convencimiento de Carr de que “el siglo XX es fundamentalmente diferente del anterior”; que una vuelta a las formas de pensamiento y acción del siglo XIX sólo sería posible ante el peligro de un fracaso catastrófico⁹, y que la Rusia soviética “había encontrado en la economía planificada la nueva doctrina que en el siglo XX reemplazaría el liberalismo decimonómico”¹⁰. Carr dirige ahora una mirada comprensiva y benévola hacia la Rusia soviética —la nueva utopía bien podría venir del este—. Esta fue sin duda alguna la causa de que durante la guerra se le conociera como el “Profesor rojo de la Printing House Square” durante la época en que fue editor adjunto del Times, después de haber sido durante breve tiempo director del Foreign Publicity Division en el Ministerio de Información.

Los años que Carr pasó en Londres durante la guerra —mientras Berlin estuvo en Nueva York (en el servicio de prensa británico) y en Washington (en la embajada)— incrementaron con un nuevo motivo su interés por la Unión Soviética: el convencimiento de que el futuro de la democracia dependía de “su capacidad de resolver el problema del pleno empleo” y de que “el nacionalismo tendría que convertirse en un nacionalismo social”. Carr había llegado a la conclusión de que “la era del hombre corriente” exigía justicia social mediante igualdad de oportunidades y satisfacción de necesidades, cosa sólo realizable mediante pleno empleo. La Unión Soviética se le ofrecía de nuevo como ejemplo de igualdad social, incluidas las nacionalidades¹¹. Se comprende, pues, que la Rusia soviética aparezca como “una pionera del futuro” en el trabajo de Carr *The Soviet Impact on the Western World*, trabajo que tiene por base seis lecciones de cátedra impartidas en Oxford en 1946 y publicadas en 1947, esto es, en un momento en el que una atmósfera de desconfianza se había extendido por el este soviético y el mundo occidental. Por aquella época, Carr había abandonado su trabajo en el Times y su puesto en Aberystwyth para dedicarse durante siete años de mayor o menor productividad a escribir e investigar intensamente: entre 1946 y 1953 escribe siete libros, además de tres tomos de los ocho de su *History of Soviet Russia*. En esta época se desarrolla rápidamente la visión de Carr sobre historia e historiografía.

En su introducción al *The Soviet Impact on the Western World* plantea Carr los problemas historiográficos que surgen al valorar dicho impacto:

Incluso en la física, donde los experimentos pueden ser repetidos y los resultados comprobados, la relación entre causa y efecto apare-

⁹ Morgenthau, Hans: “The Political Science of E.H. Carr”, *World Politics*, vol. I (1948-1949): 130-131.

¹⁰ Carr: *Conditions of Peace*. (Nueva York, Macmillan, 1942) pág.XX.

¹¹ Carr: *Nationalism and After*. (Londres, Macmillan, 1968. 1ª ed. 1945), págs. 63-65.

*ce más débil e insegura que lo fue para nuestros antepasados. En la historia, la relación es aún más problemática: sin duda alguna se puede muy bien argüir que causa y efecto en la historia representan sólo el tejido más o menos arbitrario sobre el cual el historiador hiló los acontecimientos para darles una significación. A menos que admitamos que la historia carece de sentido, hemos de sentirnos obligados a concebirla como una sucesión coherente, en la que determinados sucesos e ideas conducen a otros determinados sucesos e ideas que los influyen y determinan.*¹²

Carr se dio cuenta de que era necesario seleccionar los hechos si se quería garantizar una “sucesión coherente” de los mismos. Esto precisamente constituye la idea fundamental del primer tomo de su *History of Soviet Russia*. Carr no se propuso “ofrecer una información exhaustiva de los hechos ocurridos en la época en cuestión, sino realizar un análisis de los acontecimientos que sirvieron de base al desarrollo posterior”. La selección hecha por Carr dependía a su vez de su “propósito... de escribir, no la historia de los hechos de la revolución... sino del orden político, social y económico que emergió de ellos”¹³.

El resultado del trabajo de Carr, el primer tomo de *The Bolchevik Revolution*, apareció en 1950, habiendo comenzado la guerra fría a influir en el ambiente intelectual. En este ambiente fue recibido el libro por críticos como Berlin, quien de inmediato atacó duramente el cometido de Carr: “Si los restantes volúmenes de Mr. Carr se parecen a la impresionante obra inicial, llegarán a constituir el mayor desafío de nuestro tiempo al ideal de imparcialidad, verdad objetiva y justicia que radica en la tradición europea del liberalismo”¹⁴. El meollo de la crítica de Berlin no era que Carr eligiese hechos que hacían posible una sucesión coherente, una explicación de tipo causal, un modelo, ya que el mismo Berlin define la exposición histórica como una “composición de los hechos descubiertos en modelos que nos resultan satisfactorios porque coinciden con la vida tal como la conocemos y nos la presentamos”¹⁵. La principal objeción de Berlin, posteriormente compartida por otros (como por ejemplo Laqueur y Trevor-Roper), era que la selección de Carr ignoraba “la verdad más importante” acerca de la historia, su esencia. Esta consistía en ser “un gran mejunje de ingredientes aparentemente incompatibles”, “un tejido sólido de hilos entrecruzados, en el que constantemente cambian y se entremezclan convicciones y suposiciones conscientes e inconscientes”, algo que “debía ser visto des-

¹² Carr: *The Soviet Impact on the Western World*. (Nueva York, Macmillan, 1947), pág. VII.

¹³ Carr: *A History of Soviet Russia: The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, vol. I (Londres, Pelican Books, 1966. 1ª ed. en Macmillan, 1950), págs. 5-7.

¹⁴ Berlin, citado por H.R. Trevor-Roper en “E.H. Carr’s Success Story”, *Encounter*, vol. 18, nº 5 (1962): 76.

¹⁵ Berlin: “History and Theory: The Concept of Scientific History”, *History and Theory*, studies in the philosophy of history, vol. 1. (Copenhague, Mouton & Co., 1961), pág. 24. En el texto bajo la abreviatura HT.

de el mayor número posible de perspectivas y niveles, incluyendo tantos componentes, factores y aspectos como pueda ofrecer el conocimiento más amplio y profundo, el mayor poder analítico, la mejor comprensión e imaginación”. (HT: 23, 29)

Carr, que fue atacado por no escribir lo que en modo alguno se propuso escribir, se dedicó sin embargo a desarrollar su propia definición del concepto de historia, en los cual fue principalmente influido por Collingwood. Su punto de partida consistió en preguntarse qué eran “hechos históricos”, una cuestión —nos dice— que no se le ocurrió plantearse cuando estudiaba historia antigua en el Trinity College de Cambridge, envuelto en una atmósfera llena de “optimismo victoriano”, no demasiado propensa a plantearse problemas. (WH: 13,111) En su libro *The New Society*, un volumen de lecciones dadas en el tercer programa de la BBC en 1951, Carr define los “fenómenos históricos” como hechos que el historiador selecciona por ser “importantes para su cometido”:

La elección y ordenación que hace de estos hechos, así como la yuxtaposición de los mismos —en la que ya se revela su idea de causa y efecto— vendrá dictada por determinados presupuestos; y estos presupuestos, sean conscientes o inconscientes, estarán íntimamente relacionados con la conclusión a que pretende llegar. (NS: 10).

“Historia”, escribe Carr, “es por lo tanto un proceso de interacción entre el historiador y el pasado sobre el que escribe” y “los esquemas en historia ...son establecidos por los historiadores...(como) el producto de la mente del historiador que se ocupa de lo acaecido en el pasado”. Estos esquemas no son “inherentes a los fenómenos mismos, sino impuestos por la conciencia y la experiencia del historiador. Dichos esquemas no están sin embargo determinados tanto por la visión que el historiador tiene del presente, como por su visión del futuro”. (NS: 10-12)

Según la opinión de Carr, la historia pretende pues vincular “pasado y futuro por medio de una línea continua, a lo largo de la cual el historiador se mueve constantemente”. Esto no deja de afectar el juicio humano del historiador, que “como cualquier actividad humana está involucrada en el dilema lógico de determinismo y libre albedrío. El ser humano está indisolublemente vinculado, tanto en sus actos como en sus juicios, a un nexo causal que llega hasta el pasado; pero posee no obstante una fuerza capaz de romperla en un punto determinado —el presente— modificando así el futuro... pues suponer, que nuestros juicios estuvieran total e irrevocablemente condicionados sería declarar una bancarrota moral e intelectual. Reconocer, no obstante, su dimensión condicionante es la mejor forma de ponernos en guardia frente a la tendencia a caer demasiado rápidamente en modas intelectuales —de lo cual son muestras excelentes la fe el progreso del siglo XIX y la fe en en la decadencia del siglo XX—”. (NS: 14). Así pues, el historiador “ha de analizar el pasado a la luz del presente y

del futuro que nacen de él, y proyectar el rayo luminoso del pasado sobre los problemas que ensombrecen el presente y el futuro” (NS: 6). La conciencia humana del pasado puede preservar a la historia de repetirse a sí misma. En este sentido afirma Arthur Schlesinger Jr.: “Aquellas personas que han sido suficientemente prevenidas por la extrapolación histórica de eventualidades horribles podrían emprender algo para evitarlas, es decir, que la previsión podría ser destruida por la previsión”¹⁷.

Hacia el año 1951 Carr había profundizado en su teoría sin que se hubiese producido sin embargo ningún cambio sustancial respecto a sus ideas expuestas en su trabajo *The Twenty Years' Crisis*. La opinión de Carr era terminantemente clara en tres puntos: consideraba erróneo establecer una analogía entre historia y ciencia, puesto que “en el ámbito de la ciencia se repite siempre la misma escena una y otra vez”, mientras que en la historia “la conciencia humana del pasado evita que la historia se repita a sí misma”. De esto se deducía que en ninguna parte se van a encontrar en la historia “leyes que haya que observar o precedentes que nos condicionen”. Y aún más, el hecho de que “la historia pueda mostrar un esquema no predeterminado” como “inevitable”, el hecho de que aceptar eso podría significar “la traición de lo intelectual”, y que “una visión que nos convierte en víctimas desamparadas del pasado [era] uno de los síntomas más graves de nuestra crisis presente”. (NS: 5, 7, 14, 15, 100, 117)

Dos años más tarde, en 1953, le tocó a Isaiah Berlin exponer sus ideas en la primera conferencia a la memoria de Augusto Comte que pronunció en la Escuela de Ciencia Políticas y Económicas de Londres. En su ponencia, *Historical Inevitability*, Berlin atacó diversas nociones que resumió en el término “determinismo”, así como sus implicaciones para la responsabilidad moral del individuo.

Ninguna de las tesis expuestas y atacadas por Berlin había sido defendida por Carr. Y sin embargo, Berlin no dudó en lanzar su dardo contra Carr llamándole “realista sin ilusiones influido por el marxismo” (HI: 43, n. 1; 49, n). Esta forma de ataque revela no sólo al agresor, sino también el ambiente de la época.

Paradójicamente, lo que Berlin atacaba era completamente lo contrario a “la tendencia reinante del sistema de Comte” —como expone Geyl—, esto es, “suponer como posible el descubrimiento de formas o reglas en el proceso de los fenómenos históricos”. Esto, unido a la tesis de que “la conducta humana es de hecho lo que es en virtud de factores que el individuo no puede controlar”, nos llevaría a declinar la responsabilidad final de los hechos en grandes poderes impersonales”, expresión que Berlin toma de T.S. Eliot (HI: 5,7,3). Las formas de este determinismo llevan a Berlin

¹⁶ Carr: *The New Society*. (Boston, Beacon Press, 1957. 1ª ed. 1951), pág. 10. En el texto bajo la abreviatura NS.

¹⁷ Schlesinger, Arthur Jr.: “On the Inscrutability of History”, *Encounter*, vol.27. (Nov., 1966): 11.

a la “conclusión de que la libertad particular de elección... es en último término una ilusión... (de forma que) las nociones de responsabilidad o culpa, de justicia o injusticia, están necesariamente vacías de contenido...” (HI: 20). Finalmente Berlin descargó sus últimos ataques sobre Bury:

El exigir a los historiadores que se abstengan de formular la más mínima evaluación moral o psicológica inherente a una concepción del ser humano como criatura dotada de intenciones y motivos (y no sólo como un factor causal en el curso de los hechos), me parece que se debe, en mi opinión, al hecho de confundir el objetivo y el método de las ciencias del espíritu y de la naturaleza. Y esto es una de las falacias mayores y más destructivas de los últimos cien años.
(HI: 53)

Pieter Geyl de Utrecht expresó pronto su conformidad con la opinión de Berlin sobre el determinismo —“estoy totalmente de su parte”—, aunque sin darse cuenta de que su propia conclusión, “el hombre es libre y condicionado por igual”¹⁸, era muy similar a la de Tolstoi, a quien Berlin identificaba con “otros pesimistas, tanto religiosos como no religiosos” (HI: 45).

Entretanto, Carr continuaba trabajando pausadamente en su magnum opus, *A History of Soviet Russia*, no sin dejar de tomar nota de lo que él consideraba como el error fundamental en la teoría de Berlin de la historia: su evaluación de los “hechos”. Sobre esto escribió lo siguiente:

Los mismos hechos pueden ser ordenados de muchas formas y modos, observados desde muchas perspectivas, iluminados con luces diferentes, todas igualmente válidas, aunque algunas resultan más interesantes y fértiles en un campo que en otro; también se pueden iluminar muchos campos de forma que sea posible unificarlos o, por el contrario, hacer resaltar sus diferencias y abismos; algunos de estos sistemas estarán más próximos que otros a las doctrinas metafísicas o religiosas de este o aquel historiador o filósofo de la historia. Pero a pesar de todo, los hechos permanecerán relativamente “firmes”... A decir verdad, no se puede decir que exista un pensamiento histórico, salvo en caso de que los hechos se distingan no sólo de la ficción, sino también de la teoría e interpretación en un mayor o menor grado (HI: 70).

Berlin había añadido a pie de página la siguiente observación: “sobre criterios que sirvan para determinar en qué consiste un fenómeno o que constituye la evidencia empírica, rara vez existe desacuerdo dentro de una cultura o una profesión”.

En esto, pues, encontramos el motivo principal que llevó a Berlin a rechazar la teoría de Carr, influida por Collingwood, conforme a la cual los fenómenos históricos tienen su origen simultáneamente en la interpreta-

¹⁸ Geyl, Pieter: “Historical Inevitability” en *Debates with Historians*, capítulo 13. (Meridian Books, Cleveland: World Publishing Co., 1958), pág. 264.

ción que el historiador ofrece del proceso histórico, siendo dicha interpretación parte intrínseca del mismo. Estos fenómenos —seleccionados por el historiador en virtud de su importancia para su propio objetivo— ayudan a conformar la opinión del historiador, de la misma manera que la opinión del historiador sirve para conformar los fenómenos. (NS: 9-10) Sin embargo, Berlin mantuvo la tesis de que “los hechos existían independientemente, como un edificio inmóvil capaz de soportar diversidad de teorías”. Con esto, no sólo contradujo la doctrina de Carr del diálogo del historiador con los hechos, sino también su propia tesis sofística de la historia, según la cual sería posible “ordenar” hechos “fijos” de tal forma que se correspondiesen con la visión de diferentes historiadores —hechos ordenados, claro, por dichos historiadores (¿por quién, sino?)— usando sus respectivos puntos de vista como guía para elegir modelos.

La pulla que Berlin le lanzó a Carr en el curso que dio en la Escuela de Economía de Londres no consiguió herirle por la misma razón: su teoría de la relatividad de los principios morales. Parece ser que Berlin no fue capaz de comprender, que el hecho histórico de la existencia de diferentes doctrinas morales excluye la idea de un principio moral absoluto. Y aún más, de notar, que él mismo había sugerido que los “mismos hechos” podrían ser “vistos desde múltiples perspectivas... todas ellas igualmente válidas”, una tesis que parecía haber contradicho en su curso inaugural, *Two Concepts of Liberty*, dado en Oxford en 1958, donde afirmó que “las fuentes naturales de la observación empírica y el conocimiento natural humano... no nos garantizan ciertamente el suponer... que todas las cosas buenas... son compatibles entre sí”¹⁹.

Las ideas con las que Berlin atacó la concepción de la historia de Carr sirvieron de base para la discusión que se entabló a continuación entre ambos científicos. La ocasión se presentó al responderle Carr con su escrito *What is History?*, el curso sobre George Macaulay Trevelyan dado de enero a marzo de 1961 en la Universidad de Cambridge. Las conferencias fueron publicadas en la edición semanal de *The Listener* (20 de abril-25 de mayo de 1961), después de haber sido emitidas en el tercer programa de la BBC. En su segundo curso, sobre “La sociedad y el individuo”, Carr atacó el “culto al individuo” como “uno de los mitos históricos modernos más difundidos”. Esta opinión tenía que colidir por supuesto con la opinión de Berlin, según el cual, “al describir la conducta humana se solía omitir de forma artificial y demasiado simple cuestiones sobre el carácter, objetivos y motivos del individuo” (HI:6).

A esto replicó Carr, que historia era “el proceso de inquirir en el pasado del hombre en la sociedad”, que historia era “en gran medida una cues-

¹⁹ Berlin: *Two Concepts of Liberty*. Lección Inaugural, Universidad de Oxford, 31 de octubre de 1958. (Londres, Oxford University Press, 1958), pág.53.

tión de números”, y que “sería ir en contra de toda evidencia, admitir que la historia puede ser escrita sobre la base de exposiciones hechas en términos de intenciones humanas”:

Los hechos de la historia son efectivamente hechos de individuos, pero no de sus acciones aisladas, y tampoco de los motivos, reales o imaginarios, según los cuales suponen haber actuado. Son datos acerca de las relaciones de los individuos entre sí en la sociedad, y acerca de las fuerzas sociales operantes en los resultados de las acciones de los individuos, resultados que a veces discrepan y a veces se oponen a los fines que los individuos mismos se habían impuesto. (WH:52)

En este punto Carr se liberó del “presupuesto falso” de Collingwood, esto es, “que el pensamiento oculto bajo un acto que el historiador ha de investigar era el pensamiento del individuo-actor”, expresando así su propia opinión: “lo que el historiador está llamado a investigar es lo que está detrás de la acción; a este fin el pensamiento consciente o el motivo del individuo-actor sería bastante irrelevante” (WH:52).

El *choc des opinions* en la segunda conferencia de Carr condujo naturalmente en la tercera a una nueva confrontación con el título “Historia, Ciencia y Moral”. En ella Carr volvió a repetir sus primeras dudas de si la “esencia” de la relación entre el historiador y el objeto de sus observaciones... [sea] en algún sentido real comparable con la naturaleza de las relaciones entre el físico y su universo... ya que la relación del sociólogo o historiador con el objeto de su estudio es de naturaleza diferente a la del científico”. Por otra parte, insistió en el cambio que la visión que los científicos tenían de lo que realizaban había experimentado, en el sentido de una mayor conciencia de la interacción entre el observador y lo observado. Al hacer el examen de otra supuesta diferencia entre historia y ciencia de la naturaleza —“el hecho de que la historia esté íntimamente implicada en cuestiones de moral hace que se distinga de la ciencia”— Carr refuta la validez de esta teoría por concernir a la vida privada del historiador: “apenas si es necesario subrayar hoy, que nadie espera de un historiador que pronuncie juicios morales sobre la vida privada de los personajes de su historia”, puesto que al historiador sólo le interesa dicha vida privada si ésta influye en los acontecimientos históricos. Volviendo a la cuestión del enjuiciamiento moral de “acontecimientos, instituciones o regímenes del pasado” —“y estos son los juicios más importantes del historiador”— Carr afirma que tales “juicios son pronunciados dentro de un marco conceptual que es en sí mismo una creación de la historia”. De aquí se deduce que no podemos encontrar o crear en la propia historia un modelo abstracto o absoluto, ya que esto contradiría “la verdadera esencia de la historia, que consiste en ser “movimiento”, “implicando” por lo tanto “la comparación”. Esta comparación, realizada bastante empíricamente, muestra que todos los supuestos valores absolutos “radican efectivamente en la histo-

ria”, siendo por lo tanto relativos. “El historiador honesto” escribe Carr, “es aquel que reconoce el carácter histórico-condicionado de todos los valores, no aquel que exige para sus propios valores una objetividad fuera de la historia”. (WH: 72, 74, 75, 82-84)

En su cuarta conferencia sobre “Causas en la historia”, Carr colocó finalmente al zorro junto a los erizos. “El estudio de la historia”, le comentaba a Bury, “es un estudio de las causas”, definiendo “causa” sin embargo no en el sentido de cierta “ley histórica”, sino como “explicación”. En esto no había nada que Berlin pudiera objetar, ya que él mismo percibió que “de ser rechazado todo conocimiento (causal) como incapaz de resistir una comprobación científica, uno mismo sería absolutamente incapaz de pensar o actuar”. (HT:21) Creer que todo lo que ocurre tiene una o varias causas es lo que Carr denomina “axioma”, siendo esta “la condición de nuestra capacidad de comprender lo que ocurre a nuestro alrededor” (WH: 93-94). Esta opinión es mantenida hoy en manuales que tratan de cómo estudiar la historia y afirma que “la causa significa hoy la *explicación* de la relación entre los datos obtenidos en el examen de las primeras fuentes”²⁰. Sin embargo, en 1961, Berlin y Carr no se enfrentaron por razón del concepto tradicional de “conexión casual” en la historia, sino a causa del diferente énfasis que de vez en cuando ponían en diferentes aspectos del enunciado “el hombre es libre y condicionado al mismo tiempo”, algo en lo que Berlin, Carr y tantos otros estaban de acuerdo.

La verdadera diferencia entre Berlin y Carr era únicamente la idea que cada uno poseía del criterio a utilizar en la formulación del nexo causal. Carr insiste en usar de la razón y rechazar lo “casual” como causal:

De la misma manera que el historiador selecciona en el océano infinito de hechos aquellos que le sirven para su objetivo, de la misma forma elige entre la multiplicidad de conexiones de causa y efecto sólo aquellas que son de importancia histórica; y el standard de importancia histórica resulta del poder del historiador para insertar dichas conexiones en su modelo de explicación e interpretación racional. Otros nexos de causa y efecto han de ser rechazados como accidentales, no porque la relación entre causa y efecto sea diferente, sino por ser irrelevante la misma conexión. El historiador no puede hacer nada con ella; no es susceptible de interpretación racional y carece de importancia tanto para el pasado como para el presente. (WH: 105)

De las causas accidentales habría que hacer caso omiso, por no poder ser universalizadas por la razón, por no facilitar “modelos” ni “sentido de dirección” alguno. La índole la historia de Carr, basada en una elección racional y una interpretación de hechos y causas, es por ello bastante diferente de la de Berlin, para quien la historia es “un gran mejunje”, al igual

²⁰ Cantor, Norman F. & Richard I. Schneider: *How to Study History*. (Nueva York, Crowell, 1967), pág. 259.

que para Taine es un “tejido” (HT: 23, 29). “El zorro conoce muchas cosas, pero el erizo conoce una gran cosa”. En este sentido, el debate sobre “lo inevitable en la historia” fue por tal motivo prácticamente “inevitable”, es decir, que fue ni más ni menos sumamente probable.

Todos los historiadores parecen ser o bien deterministas o casual causalistas, especialmente aquellos que rechazan esta proposición pasando a continuación a explicar con la mayor amabilidad y claridad la causa de dicho rechazo. En general, los historiadores se sirven en sus exposiciones del sentido de conexiones de orden causal. Y obran así para darle “sentido” a la historia, el mayor número de sentidos posible, hecho que explica la eterna fascinación que la historia posee —especialmente para quienes saben prestar atención a determinadas “manías”—.

Resumen

“Todos los historiadores parecen ser o bien deterministas o casual causalistas, especialmente aquellos que rechazan esta proposición pasando a continuación a explicar con la mayor amabilidad y claridad la causa de dicho rechazo²¹”.

Summary

“All historians appear to be either determined or casual causalists, especially those who deny this proposition and then go on to explain, ever so clearly and kindly, what causes them to deny it.²¹”

²¹ Todas las citas han sido traducidas por la traductora. Los números que se indican detrás de las citas corresponden a las páginas de la edición original inglesa.